

La castración democrática: la regresión de los derechos de las mujeres en la era digital y las estrategias de la ultraderecha.

Pousada, Azul.



Introducción.

Nos encontramos atravesando una época en la que la figura de la mujer sumisa y obediente volvió a ser tendencia. Las campañas de la ultraderecha camuflan su agenda bajo un mensaje falsamente positivo, según el cual la reversión del voto femenino y la adopción de un rol subordinado hacia la pareja deberían ser normalizados.

Influencers y mujeres involucradas en la política lo anuncian como el secreto definitivo para alcanzar la plenitud y la paz mental. Bajo la etiqueta de la “esposa tradicional” o *tradwife*, venden una falsa nostalgia en la que renunciar a la ciudadanía es sinónimo de librarse del estrés del mundo moderno. Con una estética impecable de vestidos lindos, comida perfecta y filtros con luz cálida, estas creadoras de contenido (que paradójicamente facturan grandes cantidades gracias a su propio trabajo en redes) le dicen a millones de mujeres que el verdadero empoderamiento consiste en dejarse mantener y delegar las decisiones políticas en el “hombre de la casa”.

Pero detrás de la puesta en escena romántica de TikTok se esconde la verdadera estrategia de la ultraderecha. No se trata de un debate inocente sobre estilos de vida, sino de una operación política fríamente calculada. Para los sectores más reaccionarios, el voto de las mujeres es un obstáculo electoral. Como no logran convencerlas en las urnas, la solución que propone su marco ideológico es simple y maquiavélica: eliminarlas de la ecuación democrática.

Lo más alarmante de este fenómeno es su capacidad para mover la ventana de lo aceptable. Lo que empezó como un meme o una provocación en los foros más oscuros de internet, hoy es replicado por figuras públicas con espacios en el Congreso y Think Tanks conservadores. Al disfrazar la pérdida de derechos civiles como una opción de “bienestar familiar” o una vuelta al “orden natural”, nos estamos dirigiendo hacia un escenario verdaderamente alarmante: una retrogradación de cientos de años de lucha por derechos ya adquiridos que hoy se encuentran en debate.

Esta puesta en escena ideológica tuvo su reflejo más crudo y real en la Cumbre de Liderazgo Femenino de Turning Point USA (TPUSA) celebrada en San Antonio, Texas. El evento, encabezado por Erika Kirk (viuda del influyente fundador de la organización, Charlie Kirk), congregó a cerca de 3,000 mujeres con el objetivo explícito de movilizar y captar el voto de las jóvenes de la Generación Z hacia el conservadurismo. Lo sintomático no fue solo la agenda oficial de la cumbre, sino las alarmantes ideas a las que se les dio micrófono en los pasillos de un evento político de masas.

Bajo la fachada de defender la fe y los valores familiares, asistentes al evento expresaron abiertamente su disposición a renunciar a su ciudadanía electoral. Declaraciones como las de Alexis DeGraaf, quien afirmó a la cadena canadiense CBC que, al ser “una sola carne” con su esposo, no le importaría perder su derecho al voto porque confía en su representación, reflejan la eficacia del lavado de cerebro digital. La idea de que el hombre es el “líder de la casa” deja de ser una creencia religiosa privada para convertirse en una renuncia colectiva a la soberanía individual.



Es acá donde el concepto abstracto de las redes se bautiza políticamente bajo una marca específica: el "household voting" o el movimiento de "un voto por hogar". Impulsado por influencers conservadoras como Savannah Stone, este modelo propone que cada familia emita un solo sufragio, delegando la decisión en el varón. La justificación de Stone es puramente utilitaria y deja al descubierto el verdadero pánico de la ultraderecha: *"Sé con certeza que si las mujeres no pudieran votar, el aborto no sería legal"*, admitió en el pódcast *The Pocket with Chris Griffin*.

Aunque juristas y analistas coinciden en que derogar la Decimonovena Enmienda de la Constitución estadounidense es un escenario legislativo prácticamente imposible debido a las inalcanzables mayorías requeridas, el peligro real no es legal, sino cultural. Figuras como Erika Kirk no necesitan redactar un proyecto de ley para prohibir el sufragio femenino; les basta con normalizar el discurso, coordinar a creadoras de contenido de masas y sembrar en miles de jóvenes la idea de que la sumisión es una elección libre. La ultraderecha sabe que para dismantelar una democracia, no siempre hace falta un golpe de Estado; a veces basta con convencer a las víctimas de que entreguen sus llaves voluntariamente a cambio de una falsa promesa de paz doméstica.

Para comprender la verdadera dimensión de este retroceso es necesario apartar la mirada de las pantallas y volver a la historia. Muchos de los debates que hoy circulan con ligereza en videos de quince segundos representan cuestiones que costaron **siglos de lucha, persecución y resistencia**. El derecho de las mujeres a poseer bienes, solicitar el divorcio, administrar una cuenta bancaria propia, acceder a la educación superior o ejercer el voto no fue una concesión espontánea del progreso ni el resultado inevitable de una evolución social. Cada uno de esos derechos fue conquistado a través de conflictos políticos, disputas ideológicas y movilizaciones que enfrentaron una enorme resistencia.



Cuando las sufragistas británicas, las feministas latinoamericanas y tantas otras activistas salieron a las calles durante los siglos XIX y XX, fueron golpeadas, encarceladas, ridiculizadas y presentadas como mujeres incapaces de comprender el orden social que, supuestamente, pretendían destruir. Muchas realizaron huelgas de hambre y fueron alimentadas por la fuerza; otras perdieron sus trabajos, sus familias o incluso sus vidas. El sufragio femenino, conquistado de manera desigual en distintos países durante el último siglo, representó mucho más que la posibilidad de depositar un voto: **simbolizó el reconocimiento jurídico y político de que las mujeres eran sujetos plenos de derechos, ciudadanas autónomas y no extensiones legales de sus maridos, sus padres o del propio Estado.**

Sin embargo, uno de los mayores éxitos de la reacción conservadora contemporánea ha sido erosionar esa memoria histórica sin recurrir a los mecanismos tradicionales de la coerción. En lugar de prohibir derechos de manera abierta, impulsaron un proceso mucho más sutil: la infantilización de la identidad femenina y la estetización de la dependencia. Es precisamente en este contexto donde adquiere relevancia el fenómeno de la girlificación de internet, cuya expresión más conocida es la tendencia viral "I'm just a girl".

Lo que comenzó como un recurso humorístico entre mujeres en redes sociales, terminó siendo absorbido por la lógica algorítmica de las plataformas y resignificado por discursos profundamente conservadores. El tono satírico que caracterizaba al meme fue desapareciendo progresivamente hasta dejar espacio a una lectura completamente literal: **la idea de que ser mujer implica no asumir responsabilidades, evitar el pensamiento crítico, delegar las decisiones importantes o aceptar que otros (generalmente hombres) ocupen el lugar de quienes resuelven los problemas.**



Lo verdaderamente preocupante es que esta narrativa promueve una forma de infantilización voluntaria que funciona como un vehículo extraordinariamente eficaz para discursos reaccionarios. Ante el agotamiento producido por el capitalismo contemporáneo, la precarización laboral y la incertidumbre económica, **muchas jóvenes encuentran atractivo refugiarse en una identidad que promete alivio mediante la renuncia a determinadas responsabilidades**. El problema no reside en el deseo legítimo de descansar o escapar de un sistema que exige productividad constante, sino en la manera en que la cultura digital transforma ese agotamiento **en una reivindicación de la dependencia**.

La paradoja es especialmente significativa: se presenta como un gesto de liberación aquello que históricamente constituyó uno de los principales mecanismos de subordinación femenina. Bajo esta lógica, la autonomía económica, la participación política o el desarrollo profesional dejan de percibirse como conquistas colectivas **para convertirse en cargas innecesarias de las que sería preferible desprenderse**. La cultura de internet ofrece entonces una respuesta seductora y cuidadosamente estetizada: convertirse en una novia mantenida o adoptar la figura de la tradwife, una mujer cuya realización personal parece consistir exclusivamente en administrar la casa, cocinar, cultivar una estética doméstica idealizada y delegar en su pareja todas las responsabilidades económicas y políticas, incluidas aquellas decisiones públicas que terminarán afectando también su propia vida.

El papel que desempeñan las redes sociales en este proceso resulta especialmente preocupante debido a la arquitectura misma de sus algoritmos. Plataformas como TikTok, Instagram o X no están diseñadas para privilegiar la rigurosidad histórica, la complejidad del análisis o el pensamiento crítico. Su lógica de funcionamiento recompensa aquello que maximiza el tiempo de permanencia, la interacción y la respuesta emocional inmediata. En ese contexto, los contenidos más polarizantes, simplificados o visualmente atractivos poseen mayores probabilidades de difusión que aquellos que exigen reflexión o contexto.



Como consecuencia, una adolescente que inicialmente consume contenido relacionado con maquillaje, rutinas de cuidado personal, moda o cocina puede ser conducida gradualmente, mediante cadenas de recomendaciones aparentemente inocuas, **hacia discursos vinculados con la manosphere, el nacionalismo cristiano, el conservadurismo radical o distintas formas de extrema derecha**. No se trata necesariamente de un salto brusco, sino de una progresión casi imperceptible en la que cada recomendación parece una extensión natural de la anterior.

La misoginia contemporánea rara vez adopta la forma explícita que caracterizó a otras épocas. Hoy suele presentarse envuelta en una estética cuidadosamente diseñada: colores pastel, vestidos vaporosos, música relajante y discursos sobre la "energía femenina", la feminidad tradicional o un supuesto "orden natural" de las relaciones entre hombres y mujeres. Esta combinación entre estética aspiracional y mensajes ideológicos permite que formas muy antiguas de subordinación reaparezcan bajo la apariencia de estilos de vida sofisticados, saludables o incluso empoderadores.

En este sentido, las plataformas digitales no solo difunden estas narrativas: las convierten en mercancía. La nostalgia por modelos familiares profundamente desiguales, la dependencia económica y la renuncia a la autonomía política dejan de presentarse como limitaciones históricas **para transformarse en productos culturales capaces de generar millones de visualizaciones, acuerdos comerciales e importantes beneficios económicos para quienes producen ese contenido y para las propias plataformas que lo distribuyen**. Nos encontramos, por tanto, ante un fenómeno profundamente paradójico. Bajo el discurso del "feminismo de la libre elección", una interpretación profundamente individualista según la cual cualquier decisión adoptada por una mujer sería automáticamente feminista por el simple hecho de haber sido elegida, comienza a diluirse la dimensión colectiva e histórica de los derechos conquistados.



La historia demuestra que ninguna conquista democrática es irreversible. Los derechos no siguen una trayectoria lineal de progreso permanente; pueden estancarse, erosionarse o incluso desaparecer cuando dejan de ser defendidos activamente.

Quizá ese sea el aspecto más importante del momento actual. Al convencer a parte de las nuevas generaciones de que renunciar a la autonomía política, económica o intelectual constituye una forma de bienestar personal, la convergencia entre los discursos reaccionarios y la lógica de las redes sociales está logrando algo que durante décadas resultó mucho más difícil de alcanzar mediante la coerción directa: **transformar la pérdida de agencia en una aspiración deseable y presentar la dependencia como si fuera una nueva forma de libertad.**

Conclusión:

Tal vez la mayor victoria de quienes siempre se opusieron a la igualdad no sea sacarnos los derechos de un día para otro, sino lograr que olvidemos cuánto nos costó conquistarlos: Que dejemos de vernos como herederas de una historia de resistencia **para empezar a considerarnos simples espectadoras de nuestro propio destino. Porque cuando se pierde la memoria, también se debilita la voluntad de defender aquello que parecía inquebrantable.**

Cada libertad de la que hoy disfrutamos lleva el nombre de mujeres que se negaron a aceptar el mundo tal como les fue impuesto. Mujeres que soportaron el encarcelamiento, el desprecio, la violencia y el aislamiento para que las generaciones futuras pudieran estudiar, trabajar, votar, decidir sobre su vida y ocupar espacios que durante siglos les fueron prohibidos. Ninguna de ellas luchó para que sus nietas o bisnietas sintieran que la independencia era un error o que la sumisión podía convertirse en una aspiración.



Romper con esta narrativa no significa renunciar a la feminidad, al deseo de formar una familia o a elegir un modo de vida tradicional. Significa recuperar la conciencia de que esas decisiones **sólo tienen valor cuando nacen de una libertad auténtica y no de una cultura que romantiza la dependencia mientras invisibiliza sus consecuencias.** La verdadera libertad nunca consiste en aceptar sin cuestionar el lugar que otros esperan para nosotros, sino en tener la posibilidad real de elegir nuestro propio camino.

Las redes sociales cambian de tendencias cada semana. Los algoritmos persiguen la interacción inmediata. Los discursos reaccionarios adoptan nuevos rostros y nuevas estéticas. **Pero la dignidad humana no debería depender de una moda pasajera.** Ningún filtro, ninguna canción viral y ninguna estética cuidadosamente diseñada deberían tener más peso que siglos de lucha colectiva.

A quienes hoy sienten que el mundo es demasiado complejo, que la autonomía pesa o que la participación política no sirve para nada, **la historia les responde con una verdad sencilla: nunca fueron los momentos fáciles los que cambiaron el rumbo de la humanidad. Siempre fueron las personas que, incluso cansadas, decidieron no rendirse.**

No olvidemos que somos el resultado de mujeres que se atrevieron a desafiar lo establecido cuando hacerlo parecía imposible. Honrar su legado no consiste en repetir exactamente sus pasos, sino en conservar vivo el mismo espíritu de inconformismo que las impulsó. Que nadie nos convenza de que pensar menos es vivir mejor, que depender es sinónimo de paz o que renunciar a nuestra voz es una forma de libertad. **Porque cada generación recibe los derechos que heredó como un préstamo, no como una propiedad. Y será recordada no por las tendencias que siguió, sino por el mundo que decidió dejar a quienes vinieron después.**

